

LA ORACIÓN

1

Nota del autor: “Li’l Abner” fue una popular tira cómica de los años 30, de Al Capp. Entre sus caracteres y situaciones especiales, y entre las citas que más a menudo se usaban, estaba la siguiente: “Es más lo que confunde que lo que divierte”. Esta frase se aplica realmente a la oración, y se usa en esta serie para introducir algunas ideas que pretenden invitar a la reflexión al tratar con el asunto de la oración. En cada lección, en la sección titulada “Es más lo que confunde que lo que divierte”, se provee la oportunidad para una meditación especial, antes de emprender el estudio de la lección. Dios es un misterio; por lo tanto, la oración es un misterio. La oración es lo suficientemente sencilla como para un niño; es lo suficientemente profunda como para hacer humildes a los filósofos. Recuerde... si el hombre fuese lo suficientemente listo, como para comprender la oración plenamente, ¡entonces sería Dios!

“Es más lo que confunde que lo que divierte”

Dios

No creo en la oración... creo en Dios; es por ello que oro. Esta sencilla verdad explica el abuso al cual sometemos la oración. No somos capaces de comprender ni 1) a Dios ni 2) la fe. La oración es la señal de nuestra dependencia de Dios, y es nuestra voz de fe. El conocimiento, que tengamos de Dios, es lo que determina nuestra práctica de hablar con Dios. Dicho en forma sencilla, el asunto de la oración ¡gira en torno a *quién es Dios!* Él es el Dios soberano, trascendente, santo, infinito, eterno, omnipotente, omnisciente, justo y misericordioso. ¡Él es el Dios que crea, salva y juzga! ¡Él es el Dios bíblico de Abraham, Isaac y Jacob! ¡Es *Jehová Dios!* Cualquier estudio sobre la oración, comienza con una relación con Dios en la que se le conoce a él. Debemos buscar a Dios, conocerlo, confiar en él y obedecerlo. Sin lo anterior, la oración no sería nada; estaría vacía. La profundidad de la oración se encuentra en lo impresionante de Dios.

Por lo tanto, el enfoque es en Dios. Vemos quién es Dios y después le adoramos. Nosotros no adoramos y después vemos quién es Dios. Cuando Moisés se presentó ante Dios, él tembló en Sinaí; cuando Daniel hizo lo mismo, éste sufrió un desmayo; y el apóstol Juan cayó como muerto. ¡Estos hombres se toparon con la soberanía del Dios viviente! La oración es definida por quién es

Dios, por nuestra fe en Dios. Nuestras oraciones son nuestras respuestas a Dios. Este es el comienzo de la oración. Soy finito, débil, ignorante, lleno de pecado y estoy perdido, y bajo la condenación. El hombre caído necesita a un Dios soberano, ¡y lo tiene! El hombre perdido necesita un salvador, ¡y lo tiene! El fundamento de la verdad absoluta lo constituye la existencia de un Dios trascendente (externo, objetivo). Sin la existencia de tal Dios, lleno de autoridad, no puede haber principios morales, ni ética. La existencia de un Dios eterno revela la verdad eterna. El hombre caído debe *conocer* —no *sentir*— a Dios. “Lo que está de moda” entre la gente de hoy es el sentir y no el pensar. En ninguna parte de la escrituras encontramos que alguien haya “sentido a Dios”.

La gente rechaza la idea de un “Dios trascendente” con autoridad. El enfoque de la gente es en un Dios inmanente, en un sentimiento subjetivo. En otras palabras, el Dios soberano de las Escrituras es reducido al “Dios que es producto de nuestra imaginación”. En lugar de elevarnos para ser como Dios, rebajamos a Dios para que sea como nosotros. ¿Cómo es el asunto, “Escucha Dios, que tu siervo habla” o “Habla Dios, que tu siervo escucha”? ¿Cuál de las dos anteriores afirmaciones haría usted? Si usted es de los que dicen “Dios es mi copiloto”, ¡entonces necesita intercambiar asientos con él! Es trágico que muchos de los que alegan sentir la presencia de Dios se rehúsan a escuchar su voz. Si en toda la Biblia algún consejo se encuentra para el hombre, es éste: “¡Escucha!”. El hombre necesita humillarse ante Dios para poder escuchar, creer, obedecer y vivir.

¡Tenga cuidado con la oración! ¡Trate la oración con reverencia! No se apresure a estar ante la presencia de Dios. No actúe infantilmente ante la presencia de Dios. La oración es reverenciada porque nuestro Dios es “fuego viviente”. “¡Tema a Dios!”. ¡Caiga de rodillas... póstrese de cara al suelo... tiemble... atúrdase hasta quedar callado y abrumado de gratitud... ríndase... renuncie... conságrese... regocíjese... alabe a Dios! Una visión disminuida de Dios da como resultado una oración egoísta. ¡Dios... Dios inmutable! Aquí es donde la oración comienza, continúa y termina. Esto fue lo que Jesús sencillamente pidió: “Hágase tu voluntad”. No debemos pedir: “Cambia tu voluntad”.

Por lo tanto, la oración no es una técnica; es una relación entre dos personas. El hombre se humilla ante su hacedor. En la oración el hombre se presenta al servicio. Esto es lo que dice: “Hágase tu voluntad no la mía”; “¡Te necesito, Dios; te quiero, Dios!”. La esencia de la espiritualidad es la dependencia. El conocer a Dios cambia la forma como pensamos, vivimos y tratamos a los demás. ¡La gente que ora es la que tiene necesidad de Dios! La gente llega a ser como el Dios al cual adoran. El estudio de la oración es un estudio profundo sobre Dios.

“Enseñanos a orar”

Lucas 11.1–13

“Enseñanos a orar”. ...“Enseñame a orar”. Las Escrituras con las que estamos familiarizados deberían leerse con mayor cuidado; las Escrituras con las que no estamos familiarizados deberían leerse. Los discípulos oían a Jesús enseñar con autoridad; lo miraban obrar grandes milagros; estaban impresionados con su poder... sin embargo, en forma unánime, sencillamente pidieron, “enseñanos a orar”. La oración es un instinto, porque el centro de la religión es la oración. Somos como los que extrañan su hogar; sólo la oración puede llenar esta necesidad. La oración es una palabra pequeña que describe una gran experiencia. El texto que estamos estudiando, Lucas 11.1–13, es el más grandioso y singular tratado sobre la oración que existe en el mundo. ¡Jesús oyó la oración de sus discípulos en la que pedían ser enseñados a orar! Todo principio cardinal respecto a la oración es enseñado en este pasaje.

Un científico, cuando se le preguntó que “¿Cuál era la más grande investigación que se podía hacer?”, esto fue lo que respondió: “investigar sobre la oración”. Los predicadores por lo general creen que los miembros de la iglesia vienen a los servicios a oír sermones. ¡En realidad no es así! A lo que vienen es a aprender a orar. El orar es poder respirar espiritualmente. La oración debe ser algo natural, sin embargo, es difícil. “Yo soy una oración. Dios, léeme”. Si usted les preguntara a otros: “¿Qué es lo que más les gustaría hacer en su práctica de la religión?”, la respuesta universal sería sencillamente: “Orar”. Si usted les preguntara: “¿Cuál es el más grande fracaso en la práctica de la religión?”, la sencilla respuesta sería “La oración”.

Por lo general imaginamos a Juan el Bautista como un extraño predicador de “fuego y azufre”. Los discípulos lo conocieron como un hombre de oración, como un maestro de la oración. El hombre moderno está involucrado en la teología de la liberación (libertad). Los hebreos que se encontraban bajo la esclavitud de Egipto pensaron que también lo estaban. Esto es lo que clamaban: “¡Líbranos!”. Y Dios lo hizo. Se encontraban en el éxodo. ¡Estaban libres, pero tenían sed! El hombre que sólo es libre, es un monstruo. ¡El hombre tiene sed! Esto fue lo que Agustín¹ dijo, hace muchos siglos: “Nuestras almas están inquietas hasta que descansan en ti”. ¡La humanidad tiene sed —de Dios! La oración es la forma básica como nos relacionamos con Dios. Los apóstoles podían obrar milagros. ¡Esto era emocionante! En lo profundo de sus corazones ellos querían orar. No hay nada en la práctica de la religión que pueda tomar el lugar de la oración. La batalla de la religión es, literalmente, la batalla sobre la oración. “Enseñame a orar; ora tú mismo en mí”.

LA ORACIÓN ES FE

La oración es crucial, porque ella demuestra nuestra relación con Dios, nuestra verdadera fe, nuestras mismas vidas. ¡Esta es la razón por la que pensar en la oración, aterroriza profundamente! El reducir la oración a la magia expone nuestra relación con Dios como idolatría. Esto es lo que los predicadores de la televisión proclaman: “Menciónalo y reclámalo, háblalo y agárralo”. Esto expone nuestra codicia, la forma como explotamos a Dios. ¡La oración espanta! Si oramos poco o nada, es porque sencillamente no confiamos en Dios. Si nos sentimos defraudados en la oración, es porque

¹ Agustín, un teólogo y escritor, fue una de los padres latinos (354–430 d.C.).

nos estamos poniendo en el lugar de Dios, como si Dios tuviera que rendirnos cuenta de sus actos. Es obvio que no podemos adorar una desilusión. En Dios se puede confiar porque él es Dios. Los discípulos no pidieron ser enseñados a orar, para poder obtener lo que egoístamente deseaban. Ellos sabían que Jesús era “recto ante Dios”. Ellos sabían que Jesús tenía una relación íntima con un Padre celestial. ¡Ellos anhelaban lo que Jesús tenía! No era una fórmula o técnica lo que veían; no eran palabras de fantasía las que les impresionaban. ¡Es que reconocían la oración verdadera, cuando la veían ante sus ojos! No era “la apariencia de templos con vidrios a colores” ni el “plañido santurrón”. ¡La oración es lo que sucede cuando al hombre le es permitido humildemente entrar a la presencia del Dios todopoderoso! La oración es más que hablarle a Dios. La oración es más que escuchar a Dios. ¡La oración es estar *con* Dios!

Lo que los discípulos pidieron fue, “Enseñanos a orar”, y no “Enseñanos *cómo* orar”. Existe una diferencia crítica. La oración es algo de lo cual hablamos; existen millones de libros y cintas grabadas sobre la oración; asistimos a retiros sobre la oración. Todo lo anterior nos ha desilusionado. ¿Por qué? Porque tales actividades caen continuamente en lo formulaico, en lo truculento. ¡La única forma de aprender a orar es orando! La persona que sólo ora cuando siente que le dan ganas, no orará mucho. Es cierto que “uno no puede hacer otra cosa más que orar, después que ha orado, pero también, uno puede hacer otras cosas, menos orar, hasta que ha orado”. *¡Lo primero que debe hacer es orar!* ¡Oremos para vivir! ¡La oración es vida! El corazón de la religión es la oración. La oración que dice “Señor, ‘creo; ayuda mi incredulidad’” es el epítome de la oración (Marcos 9.24). La frase que dice “Dios, sé propicio a mí, pecador” es una oración (Lucas 18.13). La oración es confesión. La oración es sumisión. La oración es aceptar que tenemos necesidad de ayuda. La oración es alzar la mirada a Dios. La oración es obediencia. La oración es vivir con Dios.

Todo fracaso es el resultado de no orar. Todo pecado es el resultado de no orar. Es más fácil escribir sobre la oración que orar; uno puede saber muchas cosas acerca de la oración y no orar. Necesitamos entregarnos a la oración. La ley de la oración, en este sentido, precede a la ley de la fe.

LA ORACIÓN ES FUERZA

Los discípulos tuvieron el privilegio ¡de oír a Jesús orando! ¡Qué privilegio tan impresionante! Por cerca de tres años habían visto a Jesús en

muchas situaciones. Lo habían oído enseñar, lo habían visto sanar a los enfermos; lo habían mirado bendecir a los niños. ¡Nada de lo que habían visto se igualaba con su vida de oración! ¡La gloria de Jesús era la oración! La oración es más que una “forma”, es una “fuerza”.

Lo que Jesús les enseñó a sus discípulos, no fue a “decir una oracioncita”. Decir una oración, y orar, son dos cosas diferentes. Jesús oró. Les enseñó a sus discípulos a orar. Aunque Jesús estaba presente con ellos, ellos sentían la urgente necesidad de orar. Si Jesús tuvo necesidad de la oración, ¿cuánto más nosotros? Si la oración ocupaba un lugar central en Jesús, así debe serlo con nosotros.

Por lo tanto, la obra de la iglesia es la oración. No debemos reducir a “invocaciones y bendiciones” la oración dentro de la iglesia. Las oraciones en público deben ser dirigidas a Dios y no al hombre. Muchas oraciones son una “farsa”. Las oraciones clichés deberían ser proscritas. ¿Son nuestras oraciones para el “corazón de Dios” o para “el oído del hombre”? ¿Escuchamos seriamente nuestras oraciones? ¿Oremos lo que se espera, o lo que se necesita? Si la oración suena bien, es probable ¡que sea hueca! *¿Será real nuestra oración? ¿Habremos realmente orado alguna vez?* Cuando la iglesia primitiva oró, el lugar en el cual se encontraban tembló (Hechos 4.31). Los discípulos sabían que Jesús estaba en posesión de algo grande. ¡Ellos querían lo que él tenía! ¿Qué sucedería hoy si la hermandad orara? La oración es el mandamiento más comúnmente mencionado en la Biblia, y sin embargo, es el menos obedecido. El fracaso de la iglesia se debe a que no ora. La oración da a conocer quiénes somos verdaderamente; por lo tanto, al igual que Adán, preferimos escondernos “entre los árboles del huerto”. La oración impide que nuestra obra se convierta en una expresión de nuestro orgullo. La oración es lo más práctico que un cristiano puede hacer. Uno puede extenderse demasiado en una predicación, pero no podrá decir nunca, que ha orado demasiado.

LA ORACIÓN TIENE FORMA

Aunque los discípulos sólo pidieron, “Enseñanos a orar”, el “cómo” va incluido. La gente hoy día no está muy interesada en la verdad, la doctrina o la forma. Jesús comenzó con un modelo, un bosquejo, una forma. Toda actividad en la vida comienza por lo básico. Los fracasos en el fútbol no se dan por el desconocimiento de jugadas estratégicas —más bien se dan en el bloqueo y en el agarre. Antes de improvisar en la música, es

necesario llegar a ser un experto en los acordes de la misma. Los jóvenes necesitan conocer las reglas; sólo los maduros en sabiduría pueden conocer las excepciones. La oración es “fuerza dentro de una forma”.

Jesús captura nuestra atención. Cubrió la gama completa de la oración en unas pocas palabras. Se le ha dedicado una lección completa a la “oración modelo” de Jesús, la cual aparece más adelante. Se le llama “la oración del Señor” porque Jesús es el autor de la misma. Se le llama también, “la oración del Padrenuestro”. Es bíblica porque se encuentra en la Biblia. Se le puede memorizar. Se le puede ofrecer en oración. Se le puede cantar. Se le debe estudiar. Por aquí es donde todos comenzamos.

LA ORACIÓN ES PERSEVERANCIA

Jesús hace añicos nuestra “simpleza” respecto a la oración. ¡Nos causa sobresalto! Al responder a la petición de los discípulos, ¡sencillamente dio una simple forma! ¡Esto pudo haber sido decepcionante! Ningún código secreto fue dado. Ningún infantilismo místico fue usado aquí. ¡Comience con la forma y después persista! Si usted no se involucra seriamente, entonces ¿por qué debería involucrarse Dios? Si usted no está dispuesto a luchar en oración, entonces ¿por qué debería escuchar Dios? Orar es pensar. Orar es someterse. Orar es pedir, buscar, llamar. Manténgase pidiendo, buscando, llamando. Dios no es un genio dentro de una lámpara. La oración es trabajo. La oración es difícil. La oración toma tiempo. La oración requiere nuestras vidas, no sólo nuestros labios. Son pocos los que oran. Son menos los que perseveran. Uno no llama a Dios con un “castañeteo de los dedos”. La oración no es exigir.

Jesús no sólo conocía a Dios, sino que, también nos conoce a nosotros. En Lucas 11.5–8, ilustró la perseverancia con una parábola acerca de dos amigos. Lo que hacemos, cuando tenemos momentos de necesidad, es acudir a los amigos. Sin embargo, sabiamente escogemos el mejor momento y lugar, aun cuando se trata del mejor de nuestros

amigos. ¡La medianoche, por lo general, no es la hora apropiada! El despertar a otros puede ser descortés. Siempre habrá horas de trabajo al día siguiente. Con tal de responder a la perseverancia, un amigo satisfará nuestra petición aun a medianoche —aunque sea de mala gana. La parábola de Lucas 11.5–8 no enseña que a Dios le falten ganas, sino más bien, que está dispuesto. La oración es poder, porque Dios es Dios. Yo no creo en la oración; Yo creo en Dios. Dios está disponible. A fin de cuentas, no hay argumento a favor de la oración excepto el orar mismo. La oración siempre crea una situación totalmente nueva. Todo cambia después de la oración. Aprenda la forma de orar y luego persevere.

LA ORACIÓN ES RECIBIR

“... Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Lucas 11.9). Alguien hizo la observación de que en la Biblia aparecen 667 peticiones definidas para las cuales, también aparecen, 654 respuestas específicas. ¡Este es un alto porcentaje! ¡Esto no significa que haya trece oraciones no respondidas! Todo lo esencial acerca de la oración aparece en Lucas 11. ¡Ore... ore... ore...! ¡Y qué promesas! Dios es un Dios que hace promesas y que ¡las cumple! “¡Grande es tu fidelidad!”. ¡Pedid... buscad... llamad! La perseverancia en la oración provee. Lea los Salmos de David. Dado que Jesús nos conoce a nosotros, ello le ayudaba a conocer a los padres. Yo soy un padre; soy un abuelo. Los padres proveen con amor. Jesús pasó de la forma, a los amigos y después, ¡a los padres! Dado que los padres terrenales proveen para nuestras necesidades, ¿Cuánto más lo hará nuestro Padre celestial? La oración es la primera palabra. La oración es por donde comenzamos. ¡La oración es también la última palabra!

Considere las siguientes preguntas: 1) Si supiéramos que Jesús va a regresar *mañana*, ¿cuánto de hoy sería destinado a la oración? 2) Estando en el cielo, ¿no confesaremos muchos de nosotros: “Debí haber orado más”? ■